

El nombre del mundo

NOVELA ESPAÑA - (OCTUBRO)

20. Julio. 90

Francisco García Pérez

Me llega en el correo, y con dedicatoria de amistad, **Otumba**, la primera novela, que no el primer libro, de Rafael Flores. Poeta, narrador, exiliado de la Argentina tras el brutal encierro que la dictadura militar le impuso, radiofonista y crítico envidiablemente experto en el tango (y aventajado bailarín del mismo en veladas privadas), ha sacado a librerías su novela, mientras da fin a una biografía de Gardel, el que cada día canta mejor. Y no olviden ustedes que canta cada día mejor —según me revela el propio Rafael Flores— por la razón más sencilla: porque ensaya de noche.

Son muchos los escritores que no se conforman con nombrar unos personajes y desarrollar un argumento para dar conclusión a su novela. Necesitan también nombrar el mundo que miran, y hacerlo acaso sea su primera ocupación. Es decir: si una novela es una visión del mundo, deberá darse nombre a esa visión. Cuando el nombre coincide con alguno que el lector reconoce —sea Madrid o Praga, sea La Mancha—, parece haberse recorrido un trecho importante en lo que a

comprensión se refiere. Sólo lo parece, porque al confrontar el Madrid o la Praga del lector con los del novelista, se confrontan dos visiones de un mismo espacio. Suele entonces quien lee dar mentís al escritor, afeándole la colocación de un parque, la luz de una calle o la coloración de unas vegas; afeándole, en definitiva, su visión de la realidad por no coincidir con la propia. Nada produce más alegría lectora que el reconocer la esquina que el novelista describe como la esquina de nuestra calle. Pues si en gran medida se lee para reconocerse a uno mismo en alguno de los personajes, mejor será comenzar por reconocer los dominios del personaje. Sólo el lector humilde valorará la visión del novelista como igual a la propia: la mayoría buscará coincidencias de visión y acabará por hacer prevalecer la suya.

Para evitar esa reproducción topográfica del lugar donde ocurren los hechos narrados, para evitar que el lector pierda el tiempo comprobando la exactitud catastral de lo descrito, abundan los escritores que prefieren nombrar su mundo —en una palabra, su visión del mundo— con un nombre propio, y tómesese «propio» como indicador de propiedad amén de como opuesto a «común». Yoknapatawpha, Comala, Macondo, Santa María, Región, Vetusta (también Otumba) son lugares creados por Faulkner, Rulfo, García Márquez, Onetti, Benet, Clarín (o Rafael Flores) para ellos sentirse más dioses aún, creadores no sólo de unos personajes y una trama que los envuelva, sino sobremanera de un espacio donde puedan habitar la decadencia, la muerte, la magia, la desolación, la ruina, la sociedad burguesa (o el pasado).

Ahora bien, ni los novelistas que han nombrado su mundo por las razones dichas, ni aquellos que lo hicieron para evitar que sus conciudadanos les midiesen las espaldas al verse reconocidos y no tan bien parados como creían merecer (aquellos novelistas del XIX que hablaban de la ciudad de X***; o la Ismailia de Waugh; o la Vulgaria, con «v», del Durrell de **Antrobus**), ni los unos ni los otros han podido evitar que los críticos —esos lectores con datos— buscasen enseguida una correspondencia entre el espacio del creador y el atlas geográfico. El crítico dictamina que Vetusta es Oviedo, al igual que Yoknapatawpha es un estado del sur de los Estados Unidos o que Región es la zona montañosa asturleonés. Carlos Castilla del Pino sostenía en «El País»

hace unos veranos que Región existía verdaderamente no en el lugar en que los críticos la habían colocado hasta el momento: Región eran Los Pedroches de Córdoba; y no faltan quienes se doctoran haciendo corresponder a los personajes de ficción con seres de cuya existencia hay fe.

Resulta tarea difícil hacer comprender al crítico que si un novelista nombra el mundo, nombra, al hacerlo, no un lugar, sino un modo de verlo: una visión, no un paisaje reconocible. Las cosas ya no ocurren «como si» estuviésemos en el sertao brasileño: las cosas ocurren «en» Canudos. Por extremar las cosas, debe decirse que el **Dublín de Dublineses** es un lugar creado por Joyce: que se corresponda con el Dublín de las guías en algunos aspectos, es, como en las películas, mera coincidencia.

Lo que provocó la precedente, ociosa y veraniega reflexión fue el **Otumba** de Rafael Flores. No lo he leído como si Otumba fuera la Argentina o fuese algún lugar de la Argentina que pudiera buscarse en el mapa. Otumba es el lugar escogido por el novelista para el encuentro con el pasado que vuelve a enfrentarse con su vida, como el viejo tango dejó dicho para siempre. Un encuentro con la magia de los orígenes y la aplastante realidad de la conspiración contra la dictadura. Pero, bien sabido es, ni el mito ni la conquista de la libertad figuran en los mapas. Hay espacios que, por fortuna, sólo existen en la literatura. Cuando viajamos a La Mancha, no lo hacemos a Argamasilla de Alba. Lo hacemos a un lugar de La Mancha, para no acordarnos ni siquiera del nombre.